

DE LA GUERRA CIVIL BÁRBARA

a la

GUERRA CIVIL REVOLUCIONARIA

En el siglo XIX, los productores de plusvalía, y por tanto de capital, aún se confundían con los productores de bienes de consumo útiles. El valor de uso era el soporte necesario del valor de cambio.

En la actualidad, el valor de cambio se ha autonomizado del valor de uso y tiende a convertirse en el soporte de éste. Los productos sólo existen por su valor de cambio, y el sistema debe inventar un *uso* para la mayoría de ellos (papel de la publicidad).

Así, después de la guerra, se desarrollaron sectores de producción desprovistos de toda utilidad humana. Y estos nuevos sectores resultaron ser naturalmente los sectores punta del capital, los que tienen la composición orgánica más elevada. Los más destacados son el sector del automóvil, con la contaminación urbana que comporta, y la industria bélica.

En el polo opuesto, en los países superdesarrollados, el capital excluye a proletarios de la esfera productiva mediante el desarrollo del maquinismo; en los países del «tercer mundo», destruye las zonas precapitalistas sin desarrollar sus fuerzas productivas. Tanto en los países no desarrollados como en los superdesarrollados, el capital crea así masas de *sin reservas* y de *sin trabajo*, *parados-de-por-vida* engendrados por sus relaciones de producción, que se aglutinan en los guetos de la periferia o en ciertos barrios de las grandes ciudades. Cuando estos guetos se sublevan, como en Watts o en Antananarivo, manifiestan su necesidad inmediata de comunismo y su *trágica* imposibilidad de realizarlo. Los dos polos de los sin reservas, *productores* y *excluidos*, tienen intereses *inmediatos* directa y definitivamente antagónicos.

En los países superdesarrollados, el proletariado es el productor de la barbarie, de su propia inhumanidad, mediante la contaminación que produce y padece.

NO SÓLO LAS FUERZAS PRODUCTIVAS HAN ENTRADO EN CONTRADICCIÓN CON UNAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN CAPITALISTAS DEMASIADO ESTRECHAS A ESCALA MUNDIAL, SINO QUE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS DEL CAPITAL HAN ENTRADO EN CONTRADICCIÓN CON LA HUMANIDAD.

Todas las recientes manifestaciones del proletariado están marcadas por esa doble contradicción:

En Bastia estalló un motín a raíz de una manifestación contra las « boues rouges » (lodo rojo), producto del vertido en pleno Mediterráneo de desperdicios de la empresa italiana Montedison (*cfr.* el panfleto: « Les voyous des boues rouges »; suplemento a « Le Voyou » nº 1).

Hay que entender este motín como la protesta violenta de una región industrialmente subdesarrollada, destinada exclusivamente al turismo, contra el fruto del superdesarrollo capitalista: la contaminación, que destruye *las bases mismas de supervivencia* de los proletarios —y otros— corsos (el turismo).

Este motín es, por tanto, a la vez, producto de la *estrechez* de las relaciones de producción capitalistas, que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas en una región determinada, de la nocividad del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y, en última instancia, de las *relaciones de producción* que desarrollan tales fuerzas productivas.

Puesto que su propia supervivencia, programada por el capital, se vio atacada por éste, los amotinados de Bastia se vieron forzados a manifestar violentamente su necesidad de comunismo, yendo así más allá de la simple violencia regionalista. Pero es evidente que no podían ir más allá de esta manifestación inmediata: al no disponer del empleo de las fuerzas productivas, no podían expresar *positivamente* esa necesidad.

Al contrario, expresaron objetivamente su antagonismo hacia los proletarios de la empresa Montedison, productores de contaminación que, a su vez, todavía se ven obligados a defender su propia supervivencia. (Un artículo de *Le Monde* informa de que Montedison «proseguirá su producción con normalidad por necesidades de expansión y de creación de 400 empleos en la región en la que se ha implantado».)

He aquí un ejemplo que demuestra la escisión antagónica entre los «sin reservas» cuya supervivencia todavía está permitida por el capital, y aquellos para los cuales ya no lo está.

Entre esas fracciones existe una guerra civil en potencia. Aquí no se ha manifestado, y con razón. Sin embargo, sí ha aparecido en Japón donde, recientemente, un día de huelga general de los transportes provocó gigantescos motines: ataques contra trenes y huelguistas, incendio de autobuses, robos en las taquillas del metro, etc.

En el Japón hiperindustrializado, el superdesarrollo de las fuerzas productivas engendra, entre otras cosas, una enorme contaminación urbana. En las horas punta, en Tokio, la tasa de contaminación alcanza un nivel calificado de «peligroso» por el gobierno; en ese momento se disparan las sirenas y la actividad en la calle debe cesar inmediatamente: los automóviles se paran, etc. ¡Y una vez pasado el momento de peligro, las sirenas autorizan la vuelta a la normalidad!

Por otra parte, ciertos municipios pagan indemnizaciones a las familias de las víctimas de la contaminación. ¡Al constatar su impotencia para conservar *el uso de la vida*, el valor de cambio tiene que contraer nupcias con la muerte!

En esta atmósfera apocalíptica, el proletario japonés, perfecto capital variable, no puede sino experimentar la interrupción de un día de su supervivencia como un ataque intolerable. El menor grano de arena pone de relieve la extrema fragilidad de la regularidad y la precisión de la maquinaria cotidiana del capital (incluida la contaminación), con sus momentos programados, separados pero continuos.

Por consiguiente, la explosión es inevitable.

Al atacar a los huelguistas alborotadores, los proletarios japoneses no se dan cuenta de que ellos mismos *propagan* el alboroto, puesto que arremeten contra aquello que constituye la cotidianidad de su supervivencia: transportes y transportistas.

Al arremeter contra la existencia *inmediata* de otros proletarios (el precio de su fuerza de trabajo) en nombre de la suya, los proletarios japoneses no son conscientes de que tienden, con toda su violencia, a romper con su propio ser para reconstituir la comunidad humana en el espacio-tiempo del motín. No se dan cuenta de que condenan de inmediato toda huelga reivindicativa en un país cuya única necesidad importante es la necesidad de comunismo. ¡E, «ironías de la

vida», quizá comprendan más tarde que han permitido a los huelguistas obtener la satisfacción inmediata de sus reivindicaciones, acordada apresuradamente por el gobierno ante semejante explosión social!

Otro ejemplo: un alumno de catorce años, con la complicidad de sus compañeros, incendia su escuela. Horrorizado ante su futura supervivencia —ni siquiera garantizada en tanto (in)existencia inmediata— ejecutó un acto de protesta *humana* bajo la forma clandestina a la que le forzaba su relativo aislamiento. Y esta forma dio a su gesto unas consecuencias *inhumanas*: la muerte de numerosos compañeros.

¿La autonegación del proletariado? En Japón hemos presenciado su versión aún bárbara: la primera manifestación importante de su necesidad histórica y humana *bajo forma inhumana*. En tanto que tal, en los países superdesarrollados, esta autonegación, guerra civil en movimiento, sólo puede manifestarse en un primer momento como un enfrentamiento entre fracciones proletarias que OBJETIVA la necesidad de comunismo.

Asimismo, la Comuna de París fue la objetivación de la dictadura necesaria del proletariado —unificación de los hombres mediante la generalización del trabajo asalariado—, que no por ello dejó de seguir contemporizando en el seno del gobierno comunal con la pequeña burguesía propietaria.

La diferencia fundamental es que hoy en día el proletariado ya no está en formación, como en 1871, sino «deformado» por las escisiones en su seno. Ya no se trata de «dictadura del proletariado» en sentido estricto y político, sino del movimiento comunista, que dicta sus exigencias —exigencias de la sociedad— al conjunto de los hombres, a la vez unificados y desgarrados por el trabajo asalariado.

La objetivación inmediata de la tarea histórica del proletariado ya no puede manifestarse a través de una unidad cualquiera de clases sociales próximas a su programa; se manifiesta haciendo estallar la contradicción que ha marcado «el acceso» de estas clases a la condición proletaria a través del movimiento del capital¹; se manifiesta, pues, haciendo estallar el carácter capitalista de ese «acceso». El proletariado se sitúa de entrada al margen de la esfera política.

La barbarie que impregna estas manifestaciones radica en el empleo capitalista de las fuerzas productivas. Estas manifestaciones muestran, a través de su inhumanidad misma, lo que está en juego: la destrucción de las relaciones de producción capitalistas. Toda oposición entre fracciones proletarias está forzada a manifestar el movimiento de autonegación del proletariado.

Este último, sin embargo, aún no puede aparecer como clase-*sujeto* de su propia negación, como partido histórico que personifica la revolución comunista. Al acceder a la conciencia forzosa de su tarea histórica, todavía no puede transformar la guerra civil bárbara en guerra civil comunista.

Sería erróneo, por otra parte, entender esta guerra civil como un movimiento lineal a través del cual el movimiento comunista se iría depurando poco a poco de la barbarie para dejar vislumbrarse el enfrentamiento entre el proletariado

¹ Se trata, por una parte, de la transformación de las clases medias poseedoras en capas medias asalariadas (el sector «terciario») y en asalariados de nuevos sectores de producción que aparecieron a comienzos del siglo XX y desarrollados sobre todo a partir de 1945 (automóviles, armamento). Por otra parte, se trata de los «lumpen-proletarios» creados por el «viejo» sector productivo europeo a finales del siglo XIX, que fueron a ejercer su fuerza de trabajo en estos sectores del «nuevo mundo» capitalista (el ejemplo más conocido es el de los irlandeses y otros anglosajones sin trabajo que emigraron a Estados Unidos).

reconstituido y el Estado. Éste se inmiscuye en la represión interna del medio social para reprimir las manifestaciones de su propia fragilidad inmediata.

El proletariado también puede verse unificado brutalmente mediante un ataque social global del capital contra los diversos componentes de la «clase universal».

En definitiva, esta concepción de la guerra civil no es íntegramente aplicable a todos los países. En aquellos en los que los antagonismos en el seno del proletariado están poco desarrollados, dado que el capitalismo también lo está — como Francia—, las explosiones inmediatas son mucho menos violentas. En estos países, el reformismo —gracias a la posibilidad de integrar capas sociales en la democracia— conserva todavía «una cierta fuerza», pero por eso mismo tiene que mostrarse contrarrevolucionario frente a otras capas y otras manifestaciones (relación huelga de secundaria/huelga de los O.S. de Renault). Cuando el reformismo, por otra parte, se ve forzado a quemar sus naves asimilando —*sólo en parte*— las «últimas capas sociales» constituidas por los bachilleres, podemos afirmar que ha llegado a su fin.

Pero esta relativa claridad no implica deducir, *en determinados casos particulares*, la proximidad de un choque frontal entre el «ejército proletario» y el «ejército del capital»; puesto que la revolución comunista sólo puede existir a escala universal, el proletariado sólo se armará a escala universal para *negarse* a sí mismo.

La revolución comunista no se resume en una o varias insurrecciones armadas. Las armas, como su nombre indica, no son más que un medio necesario utilizado por el proletariado, que también emplea otros, como la producción, por ejemplo. El armamento del proletariado, por tanto, también puede muy bien ser contrarrevolucionario. El contenido social del comunismo, repitémoslo, determina por completo la guerra civil comunista, que no es más que el elemento decisivo, pero no el único, del movimiento real que suprime las condiciones sociales existentes.

La revolución comunista tampoco se resume en una ocupación y puesta en marcha del aparato productivo por los productores que conduciría a un enfrentamiento armado con el Estado (visión gestinaria anarco-consejista). Productores y aparato productivo (empresas) son, hoy en día, categorías del capital, y ni la actividad «autónoma» de los productores, ni la utilización que hagan del aparato productivo son revolucionarios por naturaleza, sino sólo en función del movimiento social en el que están inscritos. Para el proletariado, las fuerzas productivas son un arma de doble filo. Es indispensable que éste haya comenzado a negar la división de la producción social en empresas y el empleo actual de las fuerzas productivas, es decir, que haya iniciado en la práctica su propia negación, para que aparato productivo y armamento del proletariado adquieran un significado realmente subversivo.

Esta negación, el proletariado la llevará a cabo, *evidentemente*, con las armas en la mano y sirviéndose del aparato productivo como palanca; pero el movimiento deberá contener ya en sí mismo esa exigencia de autonegación, sin encerrarse en el ámbito productivo ni en la insurrección armada.

Ciertas prácticas actuales del proletariado² permiten pronosticar una inmediatez revolucionaria semejante; en este sentido, el movimiento comunista

² Prácticas a las que echamos un primer vistazo —muy sumario— en *Negation* n° 1 (rechazo del trabajo, versatilidad, etc.) y cuyo análisis profundizaremos y ampliaremos en un trabajo posterior.

ya existe, no como afirmación positiva del comunismo, sino como producción-contradicción fundamental del capital.

Si bien las fuerzas militares del Estado entrarán en juego para reprimir la revolución comunista, no serán las únicas fuerzas armadas que lo hagan; aquellas que la contrarrevolución extraerá de la determinación misma del movimiento comunista intervendrán, sin duda alguna, bajo formas no clásicas y extraoficiales.

Ya ahora, cuando el movimiento comunista no es una fuerza insurreccional que rebasa positivamente el marco de la empresa, se forman o se refuerzan milicias llamadas «patronales» que se adaptan a los mismos límites de las luchas (huelgas esporádicas y violentas).

Estas milicias surgen, de formas diversas, del medio social: obreros cuya fuerza de trabajo ha sido vendida más cara doblándola como fuerza de represión.

¿Acaso no se vio en el pasado a milicias nazis y fascistas reprimir a menudo, *antes* —y al mismo tiempo— que el Estado, las luchas del proletariado? A medida que la contrarrevolución ganaba terreno y abarcaba a cada vez más gente, un número creciente de obreros se convertía en sus fieles partidarios, y esas milicias dejaban de estar compuestas por mercenarios: el medio social, intacto o recuperado por la contrarrevolución, producía él mismo los mejores elementos de ésta (por ejemplo, las SA en Alemania).

De forma recíproca, la guerra revolucionaria se iba convirtiendo cada vez más en *guerra de guerrillas* —elementos de la pequeña burguesía de otros países llegados para combatir por «el ideal»— y en guerra de mercenarios —parados y militares sin guerra dispuestos a vender su fuerza de combate a la «revolución». Unos y otros cobraban: los primeros en lujosas dosis de ideología³, los segundos, los sin reservas, en dinero.

Italia, Alemania y sobre todo España experimentaron esta situación durante la década de 1920-1930.

Semejante *exterioridad* respecto a la revolución comunista mostraba, a quien quisiera verlo —y fueron bien pocos—, que ésta estaba vencida de antemano, y que la guerra civil era ya esencialmente capitalista y estaba preparando su homóloga imperialista de 1939-1945.

Dicho esto, sería un error «esperar» que se repitiera la contrarrevolución fascista hoy en día sin recordar que en Alemania fue la socialdemocracia, primero y ante todo, quien derrotó al proletariado. Es previsible que, *en nombre de la democracia*, la contrarrevolución armada se realice desde el propio medio social, como prolongación de las mistificaciones guerrilleras y socialdemócratas.

¡Las organizaciones obreras —partidos, sindicatos, grupúsculos— están ahí para atestiguarlo! Ahora bien, no hay que sobreestimar ni infravalorar la intervención de estas organizaciones privilegiando su crítica.

Puesto que el movimiento comunista es la superación inmediata de las categorías obreras —*categorías del capital*— no se empeña en combatir estas organizaciones *en particular*. Simplemente las denuncia, práctica y teóricamente, como lo que son —*rackets*— cada vez que puede, y puede hacerlo con una claridad cada vez mayor.

El movimiento comunista obliga, por el contrario, a las organizaciones obreras a moverse sin cesar sobre su terreno, a innovar, a adaptarse a él. Es importante comprender las mutaciones sucesivas de éstas (principalmente a

³ El ilustre revolucionario del aire André Malraux fue sólo el más famoso de estos mercenarios del intelecto.

nivel de empresa: comités de base, etc.), pues siempre reaparecen bajo la forma de los límites del propio movimiento, sin cambiar por ello de naturaleza.

El «cambiar la vida» de todos los partidos, sindicatos y organizaciones varias del capital probaría por sí solo la existencia de un movimiento comunista, tal como acabamos de definirlo.

El movimiento comunista no se empeña en combatir *en particular* al ejército ni a las organizaciones obreras, ni el ejército a las organizaciones obreras.

En resumen, no se trata de preparar la guerra civil del mañana tal como el movimiento social determina esa preparación en la actualidad, sino de participar en la profundización comunista de este movimiento social.

¡Ya no se lucha contra la represión policial defendiéndose de los policías, como proclamaba «Secours Rouge⁴», ni siquiera atacándolos, como pudieron imaginar, en un momento dado, los maoístas con su voluntarismo estrecho y republicano! Se lucha contra la represión obligándola *a desplazarse* de su terreno predilecto. Las dos luchas —contra el capital y contra la represión— constituyen una sola e indivisible: la lucha revolucionaria.

Quienes ven ya la inminente guerra civil revolucionaria y ven por todas partes los signos de que es «para mañana», se abstraen del movimiento real.

La guerra revolucionaria llega a través de su objetivación actual, pero también puede inhibirse y dejarse absorber por el movimiento de la barbarie.

Nosotros, proletarios, llevamos dentro la guerra civil presente; la sentimos confusamente a través de tensiones y de iras repentinas, de enfrentamientos con los más próximos, a través de personas apenas conocidas como «antagonistas». *En tanto comunistas*, la única forma de participar en su transformación en guerra civil revolucionaria es comprenderla, intervenir cuando sea posible para expresar el movimiento real del comunismo a fin de ayudarlo a arrancar y a triunfar sobre el movimiento de la barbarie, y así librarnos nosotros mismos de ella en tanto proletarios.

Mayo de 1973

⁴ Organismo nacido en la década de 1920, y que degeneró posteriormente (tras Mayo del '68) en secta izquierdista y unitaria contra la represión en Francia y en todo el mundo.